UNAMUNO: BRONCE PARA UN PENSADOR

Por MANUEL MARIN CAMPOS

LA ciudad de Bilbao va a levantar un monumento a Miguel de Unamuno. Así se honrará el recuerdo de uno de los más distinguidos escritores de aquella vieja generación del noventa y ocho que supo sentir el advenimiento de la España solitaria de la época contemporánea. Con este monumento se perpetúa el recuerdo de aquel recio intelectual vasco que vivió balanceándose entre el ambiente de meditación que impone la meseta y el sueño indómito que despierta la montaña.

No existe un espíritu más indómito que el del hombre de la montaña. Cada vez que España ha peleado por su independencia lo ha hecho tomando como escudo y cimera el espíritu del hombre de la montaña.

Este dogma lo denominó Angel Ganivet, en 1897, espíritu territorial. Este espíritu es el que atraviesa, de Norte a Sur, todo el pensamiento de Miguel de Unamuno, en quien existió la sed de independencia de criterios del hombre de la montaña mezclándose y confundiéndose con el movimiento de ideas que agita las tierras de la meseta.

Miguel de Unamuno vivió en la meseta castellana pero sintiendo la nostalgia de las montañas de la vieja Euzkadi, y compuso una gran producción entre los sillares labrados de la Universidad de Salamanca y bajo la influencia de los montes de Vasconia.

Con el advenimiento de la generación del noventa y ocho se produjo en Castilla la llegada de tres grandes intelectuales vascos. Los tres crearon una obra intelectual donde vibró el espíritu territorial.

Ramiro de Maeztu, escribía, el 23 de junio de 1935, una carta que contenía la profunda nostalgia que sentía por los picachos de Vasconia, al proclamar: «Dame mis libros y el pan de cada día y me comprometo a no moverme el resto de mis días ni más acá de Armentia ni más allá de Betoño, porque nunca envidié la agilidad del pájaro que vuela donde quiere sino el destino del árbol que muere donde nace.»

Pío Baroja, también vasco, descendió hasta la meseta en medio de un peregrinaje intelectual que terminó por imponerle la recia nostalgia que había caído sobre la sensibilidad de Maeztu. Baroja cuando se encuadró en el mundo de la meseta comenzó a sentir la nostalgia de las costas de plata y añil de la cornisa cantábrica. En medio de la paz penetrante de la meseta comenzó a manejar un mundo literario atravesado por la nostalgia de las costas norteñas. Sus novelas «Tierra vasca», «El mayorazgo de Labraz», «Las inquietudes de Shanti Andía», «Los pilotos de altura» y «El caballero de Erlaiz» son obras concebidas y escritas en la meseta bajo el recuerdo de un ambiente regional. La nostalgia orientaba la pluma y el pensamiento de Baroja hacia aquella vieja Euzkadi que lo vio nacer y formarse.

Miguel de Unamuno, vasco en todas las dimensiones de su vida, se incorporó intelectualmente a Castilla pero, espiritualmente, siguió sintiendo la influencia de las montañas de su lejana Vasconia.

Soñando con adentrarse, hasta la carne y los huesos, hasta el espíritu y el alma, recorrió sobre un carro perezoso y arcaico los caminos de Castilla que unen Olmedo y Medina del Campo. Se recreaba en aquellos rincones, cargados de historia y rebosantes de recuerdos de una raza que se formó entre murallas y castillos. Como un idealista del peregrinaje histórico escaló hasta los riscos de Gredos. Desde aquellos picachos contempló la vieja Castilla con sus caminos polvorientos y tortuosos, con sus castillos ruinosos, con sus viejas ciudades y con sus ríos de bruñida plata. Entre las crestas de Gredos, en 1911, sintió el aleteo de la inspiración como un blanco arcángel de sueños que le dictó aquella composición donde proclamaba: «Esta es mi España, un corazón desnudo de viva roca».

Desde allí, meditando en España, la patria ermitaña, la nación que después de haber recorrido los caminos del mundo, como un Alonso Quijano «el Bueno», repartiendo cuanto tenía, regresaba a la tierra de donde partió, para transformarse en la ermitaña de sus propios destinos. Desde las crestas de Gredos contemplaba, idealistamente, esta España ermitaña, sacerdotisa de su propio altar, vigía de sus propios destinos, alfarera de su futuro y soñadora de sus derechos.

Pero frente a esta meditación, frente a esta contemplación, sentía el beso de la nostalgia estrellarse sobre los labios de su alma. Entonces Unamuno bajaba de Gredos y encerrándose entre los claustros de piedra labrada de la Universidad de Salamanca, como un caballero feudal del pensamiento, continuaba tejiendo su producción intelectual. Entre sus mejores composiciones dejaba escapar los arpegios nostálgicos de una rapsodia vascuence.